

¿QUÉ SEREMOS ENTONCES?
PASADO, PRESENTE Y FUTURO DE LA IGLESIA DEL NAZARENO
Por Floyd T. Cunningham, Ph.D.
Seminario Teológico Nazareno de Asia-Pacífico

A medida que la Iglesia del Nazareno avanza en las siguientes décadas del siglo 21, lo hace con ojos y corazones que nos recuerdan su pasado, nos hablan proféticamente de su presente, y nos provocan pensamientos de sus futuros posibles. Cinco ensayos por Harold Raser, Federico Meléndez, Paul Martin, Dick Eugenio y Rustin Brian proporcionan animados puntos de vista sobre cómo hemos arribado a donde estamos, donde estamos en este momento, y lo que podríamos llegar a ser. Los ensayos no fueron escritos para darnos complacencia. Ellos nos piden seguir adelante hacia los grandes propósitos que Dios tiene para la Iglesia del Nazareno.

Varios de los temas de estas ponencias son muy parecidos a los presentados en anteriores conferencias teológicas. Tratan sobre todo acerca del mensaje holístico de la compasión, la preferencia por los marginados, y la preocupación por el medio ambiente.

El pasado de Santidad: ¿Lo qué fue?

Cada uno de los ensayos trata en alguna medida con la historia nazarena. El ensayo de Harold Raser se centra en el contexto estadounidense en el que comenzó la Iglesia del Nazareno. Las enseñanzas de Wesley sobre la perfección cristiana fueron contextualizadas por sus intérpretes estadounidenses. Raser, profesor del Seminario Teológico Nazareno, focaliza su atención en el lado estadounidense, aunque asume que son más adecuados "los esfuerzos por anclar la identidad nazarena en la amplia tradición del cristianismo histórico que los que se centran principalmente en la "santidad" y en las "raíces wesleyanas" estadounidenses de siglo 19. Según nota Raser, aunque vinculada a la Iglesia Universal, en su pasado y presente, somos una iglesia distinta, al surgir en un contexto particular y con un fin determinado. La herencia "avivamentista" de la iglesia acentuó muchos valores estadounidenses, lo que llevó a un énfasis en la inmediatez de la experiencia de la entera santificación. Doquiera que fueron los primeros misioneros nazarenos tomaron estos valores, modelos y técnicas norteamericanos.

En contraste con Raser, que mira a la santidad desde el punto de vista de la historia intelectual, Meléndez describe el mensaje de santidad en relación con los contextos sociales y económicos en los que surgió. Timothy Smith, a quien cita Meléndez, vincula el movimiento de santidad a las preocupaciones protestantes por las cuestiones sociales en un momento en que se da un rápido crecimiento de la riqueza que determina las políticas de gobierno. El "gran retroceso" de la preocupación evangélica por los pobres comenzó dentro de la década del nacimiento de la Iglesia del Nazareno. Meléndez no dice todo esto, pero la Iglesia del Nazareno escogió establecer colegios para sus hijos, y enviar decenas de misioneros al extranjero. Cuando la Gran Depresión amenazó ambas causas, los Nazarenos dieron sacrificialmente a las causas de la educación y las misiones, pero a expensas de alcanzar a sus ciudades y su población urbana pobre. Meléndez hace alusión al olvido de los afroamericanos por parte de los nazarenos, y encuentra paralelismos con el descuido similar por los pobres en América Latina (p. 7).

El crecimiento de la Iglesia del Nazareno en África y en otras partes está relacionado a situaciones políticas. Rustin Brian, Paul Martin, y Dick Eugenio hablan de los efectos de los contextos coloniales y post-coloniales en que la Iglesia del Nazareno trabajaba. Brian menciona que al igual que su contraparte Católica Romana los nazarenos parecían no estar conscientes de los proyectos coloniales. Martin, misionero en África Occidental, ve pocos paralelos entre el crecimiento de la iglesia en África y sus raíces norteamericanas en los siglos 19 y 20, salvo para destacar su propia "excepcionalidad".

Dick Eugenio, profesor del Seminario Teológico Nazareno de Asia-Pacífico, investiga las raíces y caminos de la internacionalización en la Iglesia del Nazareno. A pesar de que ve en la internacionalización de la iglesia una idea noble, no se sorprende de que aquellos fuera de América del Norte podrían visualizarla (igual que la globalización) como "la hiperextensión de un poder ya establecido y no realmente la horizontalización del mundo" (p. 3). Cuando se les da la oportunidad, sugiere la historia, los que buscan liberarse del control lo han hecho "para sustituir a la autoridad existente entre ellos mismos" (p. 4). Es decir, observa Eugenio, quienes se han opuesto al centrismo proponiendo el pluralismo lo han hecho frecuentemente por sus propias motivaciones egoístas. El colonialismo dio paso a menudo a regímenes locales severamente opresivos. Lo mismo podría decirse de la iglesia.

Brian señala que desde el principio los misioneros nazarenos intentaron promover el liderazgo indígena, y, al igual que sus homólogos de las administraciones coloniales, fueron demasiado lentos para hacerlo. Al igual que Eugenio, Brian revisa la historia de la "internacionalización" de la iglesia en varios documentos. Sobre esta base, Brian señala que el consenso de la iglesia ha sido el desear una iglesia global (en lugar de las iglesias nacionales asociadas), para identificar los valores fundamentales, y para permitir una "estructura no simétrica."

El presente de Santidad: ¿Lo que es?

Raser implica (p. 5) que el medio estadounidense en el que nació la iglesia le otorga un molde muy cultural. Preferimos "formas democráticas o participativas de autoridad" y el juicio de las "personas comunes" al de "las élites". Nos centramos en el presente y el futuro más que en el pasado. Preferimos la acción "decisiva" y somos impacientes con "el proceso, la reflexión, la especulación". Somos prácticos o pragmáticos. Estamos listos y dispuestos a "innovar" donde se presente la oportunidad si ello ayuda al crecimiento de la iglesia. La pregunta es, ¿son estos valores culturales o son también valores del Reino?

Meléndez responde que de varias maneras estos *no* son los valores del Reino. Meléndez ilustra paralelos entre el contexto norteamericano del siglo 19 y los procesos de modernización del mundo de hoy. Advierte que el movimiento de santidad no debe retirarse de abordar los efectos económicos de la industrialización, como fue la tendencia en Norteamérica. La iglesia tiene que criticar las filosofías del materialismo y ofrecer alternativas cristianas. Meléndez intenta movilizar la iglesia hacia una "misión integral y una ética social desde la perspectiva de una teología del amor" (p. 1). Describe la continua brecha entre ricos y pobres en América Latina, y exhorta a la iglesia a no "abandonar su misión a los pobres", y evitar llegar a ser una iglesia "acomodada al actual sistema económico" (p. 8). La iglesia no debe, dice Meléndez, degradar la imagen de Dios, la dignidad de los seres humanos y el medio ambiente, y aboga por un evangelio compasivo de "salvación holística", que él ve como parte integral de una teología que tiene en su médula el amor. Compasión, escribe, "tiene que ser la sangre de toda la

denominación". Un corazón así se evidenciará en una iglesia tan sensible a sus "raíces humildes" que despreciará los "edificios ostentosos" (pp. 8-9).

A diferencia de Meléndez, creo que la iglesia está respondiendo en formas que están en continuidad con nuestros antepasados del siglo 19. Muchos han redescubierto la compasión por los pobres. Aunque hay mucho que mejorar, tenemos mucho de qué enorgullecernos en lo que respecta a nuestros ministerios de compasión. Afuera de nosotros, la Iglesia del Nazareno es conocida como una iglesia que es compasiva.

Martin refiere que en África, la iglesia gana nuevos adeptos sobre todo entre aquellos que participaron alguna vez en religiones primitivas. Tal como lo describe Raser, si los valores culturales formaron la iglesia estadounidense, también lo hace la cosmovisión africana. Por lo tanto, dice Martin, la teología cristiana en África debe estar relacionada a los valores culturales. Los teólogos africanos reflexionan críticamente sobre el evangelio, desde su propio contexto. Al hacerlo, los africanos se adhieren naturalmente al cuadrilátero de: Escritura, tradición, razón y experiencia. A diferencia de los valores estadounidenses, argumenta Raser, los africanos dan prioridad a la paz, la armonía y la integridad. Los africanos (y otros) reconocen los precedentes y el estado continuo de relaciones establecidas por los antepasados como Adán; y con ello captan la "gracia sobre gracia" que viene a través de la rectificación de las relaciones rotas, por medio de Cristo. Para los africanos, Cristo es el poderoso Conquistador.

Eugenio enfatiza igualmente la calidad relacional de la Iglesia. Por un lado, Eugenio celebra la diversidad que la Iglesia del Nazareno representa, mientras que, por otra parte, se pregunta si la "internacionalización" no es más que un pretexto para hacer del control estadounidense de la iglesia algo más degustable. Una vez más los valores estadounidenses que Raser describió salen a la luz en la descripción de Eugenio, en la medida que el énfasis en el orden y la eficiencia en la denominación anula el de la relación. La eficiencia, advierte Eugenio, simplemente no debe convertirse en la política más exitosa de la iglesia.

Aunque sin la analogía eucarística de Eugenio, Brian ve de manera similar el deber de la iglesia, de crear un "nuevo pueblo, y no la expansión de un imperio particular" (p. 3). Brian habla de la posibilidad de nuestro "pecar contra nuestras hermanas y hermanos de las diversas partes del mundo que antes fueron clasificadas

como 'campos de misión extranjeros' " por no "compartir el poder con los demás de una manera radicalmente igualitaria". La realidad actual, comenta Brian, sigue siendo una iglesia dominada por los norteamericanos. Siendo así, esta ética interina necesita abrir paso hacia el Reino.

El futuro de Santidad: ¿Qué debe ser?

Entonces, ¿cuál es el futuro? Cada uno de los escritores proporciona algunos futuros posibles.

Martin ve el futuro de la teología africana como una de mayor sofisticación en la medida que los teólogos indígenas dialogan con su propio contexto particular. Ya no tendrán que repetir las respuestas dadas por los teólogos occidentales a preguntas que nadie está haciendo en África. Martin sugiere que los teólogos occidentales no están suficientemente familiarizados con el contexto africano, para responder a las preguntas que los africanos están haciendo: que incluye la relación de lo visible al mundo invisible, la relación de las personas con los antepasados, sus espíritus, y otros poderes, la conveniencia de manipular a Dios, el discernimiento de señales, maravillas, milagros y profetas, y la relación del evangelio con todo el medio ambiente. Al igual que Meléndez en relación con América Latina, Martin ve el wesleyanismo africano como enfatizando "toda la creación". Como Meléndez, anhela una teología que compasivamente responda a las necesidades de los pobres.

Pero cuando los pobres alcanzan posiciones del poder, no son menos susceptibles a sus seducciones. La globalización no ha disminuido las tensiones entre la gente. Eugenio arguye que más bien realiza "la competencia para el reconocimiento y la dominación", (p. 5). En el peor escenario, la unidad de la Iglesia del Nazareno no debe realizarse a expensas de que los poderosos e influyentes lleguen a ser cada vez más poderosos e influyentes y teniendo éxito por la imposición de un control más estricto (que llevaría a la gente a irse de la iglesia). A diferencia de los estados políticos, las iglesias son instituciones voluntarias. Eugenio cita la predicción de Philip Jenkins, de que los cismas eclesiásticos acontecerán a lo largo de las divisorias Norte-Sur. ¿Cuáles son las salvaguardas en contra de ello? La des-occidentalización no resolverá el problema espiritual subyacente. Eugenio observa que la alternativa del pluralismo sólo crea "una

sobreabundancia de diversos fanáticos que compiten por el reconocimiento, el poder y la autoridad" (p. 5).

Eugenio encuentra una solución a las tensiones en la iglesia por un sentido renovado de la presencia de Cristo a través de una eclesiología eucarística. Se trata de la imagen de una iglesia de rodillas lado a lado en la mesa del Señor. A ninguno se le da mayor o menor honor. No existe lucha por el poder en la Mesa. Hay reunión, "solidaridad general" y *koinonia*. A fin de que sea cierta la *koinonia*, los miembros del cuerpo se reconcilian antes de recibir el pan y el vino. El recibir el pan y el vino requiere de autoexamen, de confesión y arrepentimiento, un levantamiento de los otros en lugar de nosotros mismos. "Los cristianos deben sentir la acusación moral en participar en [la eucaristía] si realmente no la viven". "Si ésta es la más alta, y a la vez, la representación más inmediata no sólo de lo que la Iglesia ha de ser, sino de lo que es la santidad, emergerá una ética del Reino. Los líderes internacionales emergerán no debido a que lo han exigido, sino como la progresión natural de nuestra herencia y teología.

Las soluciones de Brian son mucho más específicas. En cierto sentido, lo que Brian y los procesos de internacionalización ven como el futuro es el compromiso con un valor estadounidense que es a la vez nazareno: la democracia participativa basada no en la posición económica o social, sino en la membresía. Propone ajustes en la estructura organizacional. Escribe, "ya es hora de abrazar plenamente nuestro impulso original hacia el liderazgo indígena mediante la implementación de cambios estructurales en nuestro sistema de gobierno" (p. 3). Con lógica similar a la de Eugenio, Brian hace un llamamiento a la iglesia de América del Norte a estar dispuestos a despojarse del poder. (Sus palabras, "invitar a los de la 'comunidad internacional' a posiciones de poder" me parecen inconveniente, una especie de *la nobleza obliga*, y también se pueden tomar como una opción preferencial por los pobres sobre lo que teólogos de la liberación hablan). La pregunta que R.F. Zanner hizo en 1985, citada por Brian, sigue siendo pertinente: "¿Vamos a ser una iglesia internacional o vamos a seguir siendo una iglesia americana con sucursales basadas en tierra extranjera?" (p. 6). Brian insiste en que debemos ser como buenos wesleyanos, proactivos en ver que la visión de la Iglesia del Nazareno, y todo el buen trabajo de las comisiones de la Asamblea General se implementen.

Específicamente, Brian hace dos propuestas alternativas. (1) Ampliar el número de Superintendentes Generales, dos por cada región, nativos o residentes de larga estancia en esa región, y residir en la región durante su mandato, y requieren que uno de los dos sea mujer. Brian no propone cómo se llevaría a cabo esto. (2) Reducir el número de Superintendentes Generales a tres, no más de uno de cada región, y aumentar el número de coordinadores regionales, que serían de las propias regiones. Para mí, si sacrificamos la ética teleológica del Cuerpo Uno de Cristo, en favor de una ética organizacional de la división, nos estamos moviendo hacia atrás, no hacia adelante.

Reflexión

La herencia wesleyana nos ha inclinado hacia una fuerte superintendencia. El episcopado tiene sus puntos fuertes. Tanto para John Wesley y Francis Asbury, pudiendo nombrar benévolamente predicadores locales y nombramientos de jinetes de circuito¹ facilitaron la rápida expansión del evangelio. El movimiento misionero hizo de manera similar. Los metodistas han utilizado su sistema de nombramientos para la elevación de las mujeres y las minorías a pastorados claves y posiciones de liderazgo. Cuando comenzó nuestra iglesia diversos órganos que se fusionaron, renunciaron al congregacionalismo radical y la autonomía local, pero se reservaron su derecho básico a elegir sus propios pastores. Pero la tendencia ha sido hacia los nombramientos para otras posiciones de liderazgo.

No podemos realmente ser una iglesia de santidad, una iglesia que testimonia la Unidad en Cristo, sin ser una iglesia internacional. El Espíritu de Cristo está creando un cuerpo vivo en él que no hay "este u oeste, norte o sur, sino una gran compañerismo de amor". Todavía estamos en el proceso de llegar a ser lo que estamos destinados a ser. No abandonemos dicha esperanza.

¹ Jinete de circuito es un término popular para el clero de los primeros años en los Estados Unidos, que fueron asignados a viajar (a caballo) por territorios geográficos específicos para atender a los colonos y organizar congregaciones.

Preguntas para la discusión

1. En la evaluación de una vía teleológica hacia el Reino, ¿es posible describir la ética del Reino sin prejuicios culturales?
2. ¿La estructura y la mentalidad de la iglesia reflejan un colonialismo persistente? Si es así, ¿cómo podemos superar este punto de vista?
3. ¿Cuáles son las fortalezas y debilidades de una fuerte superintendencia (distrital, regional y general)? ¿Hay razones para dudar, o, por el contrario, un medio para la aplicación, de la elección directa del Coordinador de Estrategia de Área o Directores Regionales?
4. La esperanza de Meléndez es que las ponencias teológicas no permanezcan como "documentos en un archivo"; sin embargo, como iglesia (como todas las iglesias) hemos encontrado difícil establecer el puente entre la reflexión y la acción. Especifique los futuros posibles para la estructura de la Iglesia del Nazareno en vista de estos ensayos.